

Almas en conflicto

Laura Espejel

Pablo Serrano Alvarez, *La batalla del espíritu. El movimiento sinarquista en el Bajío (1932-1951)*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992, 2 t.

Para la maestra Alicia Olivera

“**M**ilitancia del espíritu”, como Salvador Abascal identificaba al movimiento de la Unión Nacional Sinarquista, o bien, parafraseado por Serrano, *La batalla del espíritu*, título sugerente y reflexivo de esta amplia investigación sobre una historia que se resiste a ser pasado remoto. La frase de Abascal “definía el objetivo, la identidad y la razón de ser del movimiento sinarquista y, al mismo tiempo, era la definición exacta de la lucha que venían sosteniendo los católicos y sociedad abajeña”. Un movimiento social regional de alcance nacional, polémico y violento, variación sobre un mismo tema: la larga y difícil vinculación Estado-Iglesia. Violento para los actores de los grupos que tomaron partido en la dividida sociedad mexicana. Y polémico para quienes han tratado de historiarlo desde su momento hasta la actualidad, buscando mostrar su trascendencia en la historia contemporánea de México.

Pablo Serrano tiene una importante carrera en el estudio de la historia regional; hizo su maestría en el Instituto Dr. José María Luis Mora, y es miembro fundador de la Sociedad de Estudios Regionales.

Su obra *La batalla del espíritu* obtuvo el segundo lugar en el Primer Concurso Nacional de Investigación Regional organizado por la Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes en 1990. Los dos tomos que componen *La batalla...* nos permiten adentrarnos en el conocimiento regional de manifestaciones políticas que el tiempo y los hombres han enrarecido tanto que sólo vemos estereotipadamente.

El objetivo del trabajo es explicar un hecho: la presencia del sinarquismo como movimiento social de gestación regional. Quiere responder, en el relato factual, hasta dónde el sinarquismo cumplió un papel ideológico y social más amplio, de alcances nacionales. El autor señala:

La historia nacional del sinarquismo ya se ha hecho, aunque parcialmente, por lo que ahora se necesita escribir su historia regional. Desde sus orígenes hasta la actualidad, el movimiento sinarquista ha permeado la historia de la sociedad abajeña. Como se llegará a concluir, el sinarquismo tuvo como base de expresión, de ideología y de programa-proyecto, las características y especificidades históricas del Bajío mexicano. Fue un movimiento que integró e interpretó la identidad regional, no sólo mediante la militancia, la ideología y las acciones, sino por medio de la expresión social, política, cultural e histórica [...] El Bajío encontró un canal para expresarse ante el

contexto “modernizador” de la posrevolución y el agente de esa expresión fue el sinarquismo (vol. I, p. 13).

El sinarquismo, movimiento de oposición de derecha, representaba a una fracción del grupo católico conservador. Se le etiquetó desde su origen con el nombre de “falangismo mexicano”, y a sus miembros como “quinta columnistas” o “fascistas”. Los adjetivos venían de la Confederación de Trabajadores de México (CTM) y de los legisladores del Partido de la Revolución Mexicana (PRM). Las etiquetas fueron eficaces pues también las adoptó la historiografía oficial, quizás sin analizar demasiado la esencia de su formación y desarrollo. Al margen de rasgos de tipo fascista, derivados de simpatías personales de sus dirigentes (como sería la que manifestó Salvador Abascal), el movimiento representó también —señala Serrano— una ideología política y social caracterizada como de un movimiento tradicional y conservador, opuesta a la “modernidad” posrevolucionaria; el sinarquismo quería transformar, cambiar, reformar, en función de un pasado mitificado colonial cuya herencia se atribuía una región: el Bajío. Esta es una de las tesis centrales del libro. Pero a la vez era un movimiento místico, mesiánico, hispanista, nacionalista, patrioter, populista, antiyanqui, recalcitrantemente anticomunista y utópico. A la luz de una investigación empírica reciente, el autor plantea el origen y el funcionamiento práctico y contra-

dictorio de la alternativa del grupo católico que representaba la Unión Nacional Sinarquista. Aborda problemas como el de la secularización, las relaciones con el Vaticano, la religión entendida por la jerarquía católica mexicana, por los jesuitas y por los seglares que desplegaron una participación activa en el movimiento; entra también a caminos oscuros y escondidos que tocan la psicología, la ideología, etcétera.

Para iniciar, Pablo Serrano nos introduce en el escenario regional abajeño, “espacio interestatal y agrícola” que comprende cuatro estados: Guanajuato, Michoacán, Querétaro y Jalisco. Cada uno tiene características particulares que los identifican económica y culturalmente. Buen arranque para poder entender la geografía que dio origen y cobijó esa “batalla del espíritu”. Busca el pasado “perdido” en un origen remoto: 1914, cuando se usó por primera vez la palabra sinarquismo, propuesta por el ingeniero jalisciense Tomás Rosales como “iniciativa de gobierno ideal presentada en las sesiones de la Soberana Convención de Aguascalientes”. Se pretendía llegar a la creación de una “república social sinarca”. Los planteamientos de este primer ideólogo y su grupo servirían de marco programático para la Unión Nacional Sinarquista veinte años después.

Las etapas por las que atravesó el movimiento, de acuerdo al análisis de Serrano, son seis. La primera, 1913 a 1937, corresponde al periodo formativo y de organización, de presencia activa “pacífica”. En la segunda, 1937 a 1940, destaca la construcción de una organización rectora del movimiento, de alcance regional y nacional, y las primeras alianzas y enfrentamientos. La tercera, 1940 a 1943, comprende el periodo de auge, de despliegue nacional, caracterizado

por el autoritarismo de Salvador Abascal. La cuarta, 1943 a 1945, es la etapa de crisis y letargo, visible crisis interna, causada por la división faccional entre los jefes y los dirigentes. La quinta, 1945 a 1951, se distingue por la búsqueda de la reestructuración, de la renovación a través de un llamado a la unificación interna; por la urgencia de definir un proyecto de acción social o político para darle continuidad al movimiento. En la sexta y última, que abarca de 1951 a 1988, la “batalla del espíritu” sobrevive en la región abajeña a través de la organización social y de la lucha partidaria, pero su futuro es incierto.

Doce preguntas de trabajo sirven al autor para estructurar su secuencia narrativa. Son hipótesis vinculadas a las teorías sustentadas por Eric Hobsbawm, Charles Tilly y sobre todo Alain Touraine, de quien toma algunas categorías: adversario, terreno del conflicto, clase, modernización, identidad, nación y totalidad. Un planteamiento que nos parece importante tiene que ver con la forma como se ha pensado desde afuera y visto a sí mismo el Bajío, epicentro de este movimiento:

Se pensaba que el verdadero “espíritu” tradicional y nacionalista, católico y conservador, se había perpetuado en esa región, que desde la Colonia era el centro, el estereotipo y la representación de los verdaderos mexicanos mestizos. El sinarquismo expresó ese sentir regional a la nación, con una lucha movilizadora e ideológica (vol. I, pp. 13-14).

Según el autor, otros estudios han considerado la lucha cristera como manifestación opositora a la aplicación de la Constitución de 1917. Y más precisamente los llama-

dos Arreglos de 1929; la organización del grupo católico se rebeló contra los gobiernos anticlericales que aplicaban el proyecto político revolucionario y contra el proceso institucionalizador que decía propugnar por la justicia social. Los católicos y la jerarquía eclesiástica mexicana traducirían de las encíclicas del Vaticano. No aceptaban en su discurso a la izquierdización o “bolcheviquismo” gubernamental. Coincidió su oposición con la segunda guerra de los cristeros, levantamiento de los veteranos más radicales del primer movimiento; esta rebelión fracasó al no tener apoyo de la jerarquía eclesiástica, pero buscó con los seglares una salida militante de expresión y acción. “La batalla del espíritu” fue un movimiento social, con vertientes políticas e ideológicas que por medio de la acción cívica logró movilizar continuamente a la sociedad abajeña contra el régimen y dominio posrevolucionarios.

Serrano profundiza en catorce años de historia del movimiento sinarquista: 1937-1951. Encuentra que “el movimiento se expresó continua, homogénea y fuertemente en dicho espacio regional, convirtiéndose en una fuerza social, ideológica y política contraria a los gobiernos de Lázaro Cárdenas, Manuel Avila Camacho y Miguel Alemán”. En ese lapso, la UNS experimentó profundas y variadas transformaciones que tuvieron que ver con el movimiento en sí; con las agrupaciones de las que fue heredera o dependiente: las Legiones, la Base, etcétera; con la posición oficial nacional y sus relaciones externas.

Frente al nacionalismo socialista de Cárdenas, la derecha anticomunista propugnaba un nacionalismo basado en el contexto internacional del fascismo-na-

zismo-falangismo, que implicaba un retroceso de la Revolución. Hasta 1938, la derecha actuó fuertemente contra la tendencia comunista del gobierno. Esta situación encontró concreción a partir de 1935, cuando Cárdenas se afilió a la tendencia del Frente Popular Comunista (vol. I, p. 107).

La Unión Nacional Sinarquista nació el 23 de mayo de 1937 en León, Guanajuato, durante el gobierno cardenista. El momento de su aparición resulta significativo. Esta organización rectora se sostiene en tres elementos: la organización, la acción y la ideología, que hacen de ella un movimiento popular y pluriclasista.

La UNS se convirtió en una encauzadora de las demandas populares y en la voz de la sociedad inconforme y descontenta con el orden existente; su ideología ultracatólica, nacionalista, provinciana, autoritaria, milenarista, mesiánica, anticomunista, antiyanqui e hispanista, fue fundamental para que el sinarquismo se convirtiera en un movimiento popular de primer orden. La ideología, la simbología y la psicología fueron factores que se conjugaron en la identidad, en la razón de ser y en la acción pública del movimiento. La atracción de las masas populares tradicionalistas, católicas y descontentas, fue un objetivo que el sinarquismo logró (vol. I, p. 16).

El fondo ideológico que dio origen al movimiento representativo de una clase conservadora que involucró y arrastró a varias clases y grupos, es la identificación de la nación con la religión católica, principio discutido acaloradamente des-

de el siglo XIX entre hombres clasificados como liberales o como conservadores. Ese binomio nación-religión llevó al grupo católico, señala Pablo Serrano, a definir y definirse en los conceptos de nación, hispanidad y tradición, en contraposición a la modernidad del grupo posrevolucionario plasmada en la Constitución de 1917. Conceptos fáciles de definir y teorizar pero difíciles de valorar cuando se trata de la forma con la que los entiende la base católica —léase pueblo— a diferencia de la jerarquía eclesiástica y de la “sociedad civil”.

El autor concluye su análisis en 1988, cuando el espíritu combativo del movimiento sinarquista pasa a formar parte del Partido Demócrata Mexicano (PDM). De esta manera su estudio abarca un periodo de larga duración (1914-1988) y con fortuna rebasa los límites cronológicos que anuncia (1932-1951), moviéndonos de pasado a presente en la explicación del sinarquismo abajeño dentro de un contexto regional, nacional e incluso en su entrecruzamiento con acontecimientos internacionales de los cuales no escapa.

El trabajo de Pablo Serrano viene a nutrir la magra historiografía sobre este movimiento social. Guiándonos por el comentario de un estudioso del tema, Guillermo Zermeño, aceptamos que las fuentes fundamentales para comprenderlo son limitadas y escasas, tanto las de archivo, como las testimoniales.¹ Apreciamos a través de la lectura del texto que el tema no es fácil y que todos los acercamientos a él, todas las lecturas posibles de sus fuentes y las aportaciones de otros análisis son importantes. Destacan la frescura y la preocupación por comprender al sinarquismo en este trabajo o bien en otros contemporáneos a él, que lo abordan también desde la perspectiva de

cortes regionales para comprender su esencia; citemos sólo: *Religión, política y sociedad. El sinarquismo y la Iglesia en México (nueve ensayos)*.²

El libro está sustentado en una revisión acuciosa, sistemática y rigurosa de la bibliografía existente sobre el tema. Sería ocioso enumerar la lista de archivos revisados; pero agrupándolos globalmente, pueden mencionarse los archivos regionales de la Unión Nacional Sinarquista; los de gobiernos estatales del Bajío; el Archivo General de la Nación (entre otros, el ramo Presidentes), y los de instituciones como la Universidad Nacional Autónoma de México, la Biblioteca Nacional, la Universidad Iberoamericana, la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, así como otros de particulares. Destacan documentos “que no habían sido consultados por los investigadores que se habían ocupado del estudio, en un nivel nacional del sinarquismo”, sin olvidar las fuentes hemerográficas producidas por la UNS y por otros periódicos de la época, además de algunas entrevistas que consultó y otras que realizó el propio Pablo Serrano con antiguos sinarquistas. Serrano supo brincar los obstáculos y logró acceder tanto a las fuentes oficiales como a las del grupo que conformó la UNS. Todo este andamiaje le permitió comprobar sus hipótesis y objetivos de trabajo y cuantificar los alcances del movimiento. Basándose en fuentes vírgenes y, en el caso de las ya conocidas, confrontándolas con las primeras, pudo elaborar también un libro polémico.

La obra de Pablo Serrano aporta una perspectiva de autor. Su primera característica es, tal vez, la erudición; no se le escapan datos de la historia más particular del movimiento, sus circunstancias y sus lenguajes, desde la perspectiva personal del historiador. Con estu-

dios de caso como éste nos acerca al hecho histórico con finura y podemos, gracias a este nuevo enfoque, modificar y sostener apreciaciones y análisis ya hechos sobre el tema. Otra aportación la congregan interrogantes que el autor plantea y resuelve y aun las que no resuelve, o aquellas que el lector puede hacerse con la información presentada y que abren la posibilidad de otras investigaciones tan meticulosas como ésta.

Un aspecto importante es la cercanía del autor con su sujeto de estudio. Involucrarse con los actores y su proyecto al grado de no guardar distancia es válido hasta cierto punto, a pesar de lo que tradicionalmente se nos enseñó sobre la búsqueda científica de la verdad objetiva de la historia. Aquí, como en otros estudios, se constata la dificultad del historiador para no tomar partido, en perjuicio del relato. Sería conveniente rescatar una cierta distancia para no caer en la apología, o en escritos que pretenden dar la interpretación que el grupo historiado desea como verdadera. El discurso historiográfico

debe diferenciarse con claridad de los discursos políticos haciendo énfasis en el manejo de ciertos vocabularios como lenguajes del pasado. Es notoria la posición del autor cuando califica a los gobiernos de "ateos" y no de "anticlericales", o cuando no evalúa con igual objetividad la presencia de los agraristas también abajeños, las violencias que en esta lucha fueron de una y otra partes. El martirologio no puede ser visto sólo de un lado. Hay momentos en que, puestas así las cosas, el análisis se reduce a buenos y malos, dependiendo de la óptica en que se sitúa el historiador... y que quiere que acepte el lector.

El autor no mide al cardenismo con la misma vara analítica que al sinarquismo. Su simpatía hacia los abajeños organizados en la UNS lo lleva a aceptar discursos que los justifican frente a la política cardenista en el campo. Esta falta contra la objetividad histórica no quita méritos al trabajo de Serrano, pero sí lo acerca peligrosamente en algunos pasajes a la prensa política en detrimento de la historiografía.

Como quiera que sea, esta investigación será ampliamente citada con seguridad cuando se haga la historia del siglo XX.

Concluiremos con la pregunta que anota el autor en su corto pero sugerente epílogo: ¿logrará el sinarquismo traspasar el umbral del siguiente milenio? Tal vez sí, si atendemos a los diferentes momentos que han ido marcando su existencia, de conciliación y de lucha entre el Estado y la Iglesia. En ese juego, hasta el momento la balanza se mantiene estable en el Bajío.

Notas

¹ Guillermo Zermeño y Rubén Aguilar, *Hacia una reinterpretación del sinarquismo actual*, México, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, 1988, p. 35.

² Rubén Aguilar, Guillermo Zermeño (coordinación y compilación), *Religión, política y sociedad. El sinarquismo y la Iglesia en México (nueve ensayos)*, México, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, 1992, 310 pp. Estos nueve ensayos buscan también una comprensión del tema desde la perspectiva de casos regionales.

El nacionalismo en *close up*

Julia Tuñón

Aurelio de los Reyes, *Manuel Gamio y el cine*, México, UNAM, 1991, Colección de Humanidades-Colección de Arte, 45, 105 pp., con ils.

En el libro titulado *Gamio y el cine*, Aurelio de los Reyes rastrea algunas experiencias que este célebre personaje realizó con la acti-

vidad cinematográfica. Al respecto, nuestro autor hace un *close up*: se acerca a un detalle que forma parte de una escena mayor y la recrea. Como suele suceder con el recurso del *close up* en las películas, la elección del tema que se destaca no es superflua y remite a una situación más amplia.

El trabajo que nos ocupa surge como un derivado de una investi-

gación mayor sobre la sociedad y el cine entre 1920 y 1924 titulado *Bajo el cielo de México*. Nos dice De los Reyes que al atender la producción cinematográfica que realizaban las secretarías de estado por esos años le sorprendió que en la de Agricultura y Fomento, que dirigía Pastor Rouaix, hubiera una Dirección de Estudios Arqueológicos y Etnográficos a cuyo frente estaba